

EL JARDÍN BOHEMIO

I

Esta miseria que me apremia
la Vida, á solas padecí...
¡No alegró nunca mi bohemia
la fresca risa de Mimí!

Nadie en mis noches angustiosas
puso en mis sombras una luz,
ni hubo mujeres lacrimosas
que se abrazaran á mi cruz.

Mezclé con lágrimas mi vino,
y sufrí á solas mi destino
siempre esperando tu llegada...

¡Con cuánto amor mis ojos ven
sobre el blancor de la almohada
el tibio hueco de tu sien!

II

Nuestras dos sombras en la senda
 juntas la luna proyectó
 en una trágica leyenda
 que un áureo alfanje ensangrentó!

Por el rencor asesinados,
 en un sangriento amanecer
 juntos caímos abrazados,
 bajo el amparo de un ciprés.

Y desde entonces enlazadas
 vagan dos sombras silenciosas,
 bajo el obscuro cipresal.

Y ante sus pasos, agostadas,
 van deshojándose las rosas
 en un fragante agonizar.

III

Un jardín y una
 mujer que me quiera;
 ruiseñores, luna,
 rosas...

¡Primavera,
 dame tú el olvido
 de todos los dardos
 que al pecho han herido!..

¡Cúrame con nardos
 de carne morena
 la profunda herida
 que me abrió una pena
 y enconó la Vidal

IV

Floreció la tierra entera.
 Ven al parque, amada mía,
 y rimaré tu poesía
 con la de la Primera.

Tu voz será una sonata
 que la brisa en la espesura
 prologue el eco de plata
 de su infinita dulzura.

Sacude tu traje blanco
 sobre el musgo de este banco...
 y entre el frescor de las fuentes

y fragancias de jazmines,
 cruzaremos los jardines
 como dos convalecientes.

V

En medio de la glorieta
 del jardín, en aquel banco
 yo coloqué una violeta
 sobre tu corpiño blanco,

mientras por el claro cielo
 tu mirada se adivina
 tenaz perseguir el vuelo
 de una fugaz golondrina...

Jamás los rosales vieron
 flotar tu cabello suelto...
 Las golondrinas volvieron...

Hay perfumes de violeta...
 Tan sólo al parque no ha vuelto
 la alba novia del poeta.

VI

Lenta mi vida se consume,
y perfumado en tu amor muero,
como la gracia de un perfume
en tu morisco pebetero.

Sólo á través de tu mirada
negra y fatal, la vida veo;
y está en mi carne ensangrentada
como una espina tu Deseo.

Sobre tu viejo dromedario
llegas al carmen solitario
donde florecen mis quimeras,

y abre tu mano de marfil
sobre mis viejas primaveras
todas las rosas de tu Abril.

VII

En el retiro de mi huerto
lleno de rosas perfumadas,
para besarte ya han abierto
sus rojos labios las granadas.

Tiene tu nombre en el recuerdo
tan fresca y lírica dulzura
que al pronunciarlo aspiro y muero
una granada ya madura.

Fruto de amor y de Pecado
como tu beso perfumado
y me recuerdan sus rubíes

el bermellón de tus encías
cuando lasciva me sonríes
tras las caladas celosías.

VIII

Todo el estanque está de fiesta;
y en su cristal claro y sonoro
entre el verdor de la floresta
fulgen al sol naranjos de oro.

Es blanco el lirio de tu traje,
la sombra azul de tu mirada
da á la pureza del paisaje
otra pureza inmaculada.

Tu faz más blanca se revela
que las alburas de la tela
sobre el cristal espejeante,

y son más aureos tus cabellos
que el sol que nimba tu semblante
con la fluidez de sus destellos.

LOS ROMANCES DEL CAMINO

I

San José era carpintero
y la Virgen panadera,
y el Niño Jesús, los días
que llueve y no tiene escuela,
va á recoger las virtutas
que se escapan de la sierra,
y en el horno de su madre
sus santas manos las echan.

Mientras las piedras del horno
lentamente se caldean,
vuelve al taller de su padre
y con manos inexpertas,
ayudado por los ángeles,
labra una cruz de madera.

Y San José dice al verlo:
—¿Por qué, Jesús, siempre juegas

con escoplos y cepillos
 á hacer cruces de madera?

Y el Niño Jesús responde
 con su voz alegre y fresca:
 —Porque quizás algún día
 me habrán de clavar en ella!

Y los rubios angelitos
 al escuchar la respuesta,
 abandonan el trabajo,
 y llenos de espanto vuelan,
 derramando entre las nubes
 tristes lágrimas de pena!

II

Tejedor que estás cantando
 mientras los telares mueves,
 calla tu canción de amores,
 pues mientras tejes alegre

vestidos para tu novia,
 también teje
 el crespón de su mortaja
 en sus telares la Muerte.

¿No oyes doblar las campanas,
 y allá á lo lejos no sientes
 aullar los perros del viento
 á algo que en las sombras viene?

Oirás llamar á tu puerta
 antes que el alba azulée...

y entrará gente enlutada
de tu amor á condolerse...

Unos te dirán:—¡Paciential,
y otros llorarán:—¡Sé fuerte!...
¡Los bienes que Dios nos dió
justo es que Dios se los lleve!

Y te traerán su sortija,
el collar y los pendientes,
y sus rizos aún mojados
por el sudor de sus sienas...

Tejedor que estás cantando
mientras los telares mueves,
calla tu canción de amores,
pues mientras tejes alegre

vestidos para tu novia,
también teje
el crespón de su mortaja
en sus telares la Muerte.

III

—Condúceme á la otra orilla,
joven barquero, que en ella
mi amada me está esperando
y se muere de impaciencia.

—Si quieres que en esta barca
te lleve á la orilla opuesta,
dame todos los doblones
que llevas en la escarcela.

—Ya te he dado mis doblones...
¿Por qué á la orilla no remas?
Antes de morir la tarde
ofrecí á mi amada verla...

—Si quieres ver á tu amada
antes que la tarde muera,

dame ese puñal de oro
que prendido al cinto llevas.—

Sintióse un rumor muy tenue,
como un rasgarse de sedas...
Un grito ahogado en las aguas
estremeció la ribera,
y en la hoja ensangrentada
brilló la primera estrella...

La luna doró la Noche,
mientras en la orilla opuesta,
sollozando bajo un sauce
en vano la niña espera.

IV

—Después de besar mi mano
se fué esfumando en el fondo
de los espejos quiméricos,
empolvados y borrosos,
rasgando el hondo silencio
con sus espuelas de oro.

Yo le vi desde la almena,
montar de un salto en el potro,
y perderse con los suyos
entre una nube de polvo,
con su amplio manto de púrpura
flotando sobre les hombros.

Por los brazos y las piernas,
cubierto de sangre todo,

cuatro pajes le trajeron...
Detrás relinchaba el potro...

Mi mano lavó su herida,
mi labio cerró sus ojos...

Y todas las noches surge,
como un fantasma del fondo
de los espejos quiméricos
empolvados y borrosos,
rasgando el hondo silencio
con sus espuelas de oro.

V

—Tú le has visto. Tus pupilas
sus pupilas reflejaron.

—Tú le viste. En tus oídos
su acento quedó vibrando...

—Aún en tus manos aspira
el perfume de sus manos...

—Aún en tu voz vibra y sueña
la dulzura de sus labios...

—Era moreno. Sus ojos
eran negros y rasgados...

—No, mi hermana, más azules
que las aguas del remanso.

—Sus cabellos eran negros...

—Eran como el sol, dorados...

—Llegó vestido de púrpura,
jinete en negro caballo...

—Su túnica estaba rota,
sus pies estaban descalzos...

—Un azor preso en el puño
y una espada en el costado...

—La sién ceñida de espinas,
con el pecho atravesado,
y cuatro clavos de sangre
en la palma de sus manos.

VI

—Madre, madre, ¿no ha venido?

—Aún no vino...

—No me engañes!

Sentí trotar su caballo
en las piedras de la calle.

Ya sube las escaleras...
¿No escuchas, cómo acercándose
va el rumor de sus espuelas
de oro, por las salas? Abre
la puerta, que está llamando!...
¿No le ves que llega, madre?...—

La voz deshizo de pronto
una ráfaga de aire.
Tembló la luz de la lámpara;
se rompieron los cristales,
y un largo aullido de perros
turbó la paz en la calle.

VII

La noche llegó callada,
y se entró en mi corazón
para guardar en sus sombras
los tesoros de mi amor.

De ébano te hizo la noche;
de ébano te quiero yo...
Para que nadie te vea
te oculto en mi corazón!

La sombra, un negro, vigila
las puertas de tu prisión,
y en tus pupilas dos negros
van custodiando mi amor!

Negros que mi amor guardáis,
guardadlo con tal tesón
que ni él mismo se dé cuenta
ni pueda mirarlo yo!

VIII

En estas tardes lluviosas
mientran los vientos arrastran
las hojas secas del bosque
me aproximo á la ventana.

Temblando lluvia los árboles
se reflejan en las charcas
amarillentas. Las sendas
se esfuman en la distancia...

Recodos donde el viandante
antes de emprender la marcha
agitando su pañuelo
la despedida nos manda.

Al verlo partir, acuden
á nuestros ojos las lágrimas;

en los labios agonizan
de presagio las palabras,
y las pupilas, del brillo
de la luz, turbias se apartan
para hundirse en la ceniza
de la lumbre que se apaga.
A veces es una tímida
silueta que fugaz pasa...

Fué muy larga y dolorosa
la despedida. Enlazadas
nuestras manos no querían
separarse. Se besaban
ávidamente los labios
entre suspiros y lágrimas...

Y la miramos borrar
en el gris de la distancia
por la senda donde nunca
regresan los que se marchan.

IX

Hemos perdido el camino
de luz que á la tarde lleva.

Están las sendas del bosque
encantadas de tinieblas,
y en el temblor de las charcas
fosforecen las estrellas.

Mi bordón inútilmente
golpeó todas las puertas.

Temblé de espanto y de frío
mientras la nevada lenta
con su sudario de hielo
iba cubriendo la tierra.

Llamé á la vieja posada
y estaba también desierta.

Sólo á lo lejos fulgía
al fondo de la calleja
el resplandor de una lámpara
tras una ventana abierta.

Algo me nombró en las sombras;
alguien me entreabrió la puerta

y me condujo á la estancia
donde la lámpara sueña,
y en las noches invernales
mientras sobre el campo nieva,
se inclinan entre las manos
las frentes de los poetas.

INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA.....	5
LAS GUERNALDAS DEL AMOR.....	9
I.—Tímida como una desposada.....	11
II.—Cruzan alegres músicas la vía.....	12
III.—Vaga en la obscuridad de este aposento....	13
IV.—Ya no hay remedio. Nuestro amor ha muerto.	14
V.—Nuestra dicha fué un sueño; unos instantes.	15
VI.—¡Adiós! deshecha en llanto me decía.....	16
VII.—Un cariño, es verdad, tuve un cariño.....	17
VIII.—Vámonos juntos á cruzar la Vida.....	18
IX.—En tu cariño hay algo pasajero.....	19
X.—De tal modo acarician tus cabellos.....	20
CANCIONES INGENUAS.....	21
I.—Lucha la alegría.....	23
II.—Del lívido invierno.....	25
III.—Yo conozco de Otoño.....	27
IV.—Encantada poesía.....	29
V.—¡Oh, noches estivales.....	31
VI.—Se ha secado la fuente.....	33
VII.—¡Adiós! El sol se apaga.....	34
VIII.—¡La abuelita Antonia!.....	35
IX.—Mi amada entre las brumas.....	38
X.—Sentada en la playa.....	39
XI.—Es la primavera.....	42
XII.—¡Oh, fiestas alegres.....	43
XIII.—La luz del sol que entra.....	44